

# Lecciones de mamá

Lo que aprendí al verla

Me llamo Diana.

No crecí con lujos, pero tampoco sentí que me faltara algo importante. En mi casa siempre hubo lo necesario: comida, casa y escuela. Todo estaba bien, aunque siempre justo.

En las mañanas salíamos juntas: ella a trabajar y yo a la escuela. Era nuestro pequeño ritual, aunque casi no habláramos. Cada quien iba pensando en lo suyo.



Yo regresaba, hacía la tarea y ayudaba en lo que se necesitara. Y ella nunca paraba. Seguía en la casa, resolviendo y haciendo que todo funcionara.

Algunas noches todavía se iba a trabajar a una lavandería. Esos días me quedaba con mi tía. Para mí era normal; así era la vida.

En mi casa había reglas no escritas: usar taxi solo cuando era realmente necesario, comer en restaurantes era muy inusual y, los fines de semana, si se podía, nos dábamos un pequeño gusto.



Porque si algo se repetía todos los días era esto: “Cuida el dinero. Ahorra”.

En la escuela, mi uniforme era el mismo, siempre bien cuidado, y la mochila tenía que durar más de un ciclo, y así era. No es que quisiera más, es que entendía. Y eso nadie me lo explicó; lo aprendí observando.

Con el tiempo entendí por qué. Vi lo que pasa cuando todo está al límite, cuando no hay margen y cuando no te puedes equivocar con el dinero.

Mi mamá no hablaba de finanzas ni de inversiones, pero tenía algo muy claro: si no guardas un poco, te quedas sin opciones. Y con lo que tenía, hacía magia. Apartaba, estiraba y decidía.

Sin darme cuenta, yo empecé a hacer lo mismo. Empecé a ahorrar, no solo porque ella me lo decía, sino porque era la única forma de tener lo que me gustaba.

Aprendí que puedes ganar más dinero y aun así no saber qué hacer con él. Por eso empecé desde lo poco: a no tocarlo sin razón y a tener paciencia.



Mientras otros compraban sin pensarlo, yo siempre me preguntaba: “¿Lo necesito o solo se me antojó?”.

## Hoy entiendo que todo viene de ahí.

Mi mamá me enseñó lo esencial: a no depender, a pensar antes de gastar y a cuidar lo que tengo. Me dio una carrera profesional, pero también algo que no se ve: criterio.

Ese que aparece cuando decides no gastar, el que te hace apartar dinero antes que cualquier otra cosa y el que te recuerda que lo que cuesta, se cuida.

Hoy trabajo por mis metas, pero también sé mantenerlas. Y eso no lo aprendí en la escuela, lo aprendí observándola. Sin grandes discursos, pero con hábitos claros.



A veces no se lo digo, pero lo tengo claro: todo lo que estoy construyendo empezó con ella, con sus decisiones diarias y con ese “Cuida el dinero. Ahorra” que se me quedó grabado para siempre.

## Cuando el ejemplo enseña más que las palabras

La historia de Diana muestra algo que muchas familias viven todos los días: la **Educación Financiera** no siempre se enseña con palabras, sino con el ejemplo. Acciones tan simples como priorizar gastos, evitar compras innecesarias o guardar un poco para el futuro se convierten en aprendizajes que acompañan toda la vida.

Ahorrar no depende solo de cuánto dinero se tiene, sino de los hábitos que se forman desde pequeños. Esta experiencia demuestra que, incluso cuando los recursos son limitados, es posible aprender a organizarse, ser paciente y tomar decisiones más conscientes con el dinero.

Al final, más que cuánto se gana, importa saber administrarlo.

Aprender a priorizar y anticiparse permite no solo cubrir necesidades, sino también construir tranquilidad y abrir la puerta a nuevas oportunidades.

